



Socialismo y literatura

Por MANUEL ESPINOZA ORELLANA

La división del trabajo motivada por el constante desarrollo, perfeccionamiento y complicación de las técnicas de producción, en la sociedad capitalista, ha traído como consecuencia una separación cada vez más aguda entre la actividad manual y la espiritual e intelectual. Esto, da margen a la difundida idea, por parte de los sectores interesados en deformar la realidad, de que el pensamiento abstracto es un producto independiente de la actividad práctica y, por lo tanto, propio de una élite cultural, cuya acción exclusiva es el pensamiento teórico especulativo.

De cómo el pensamiento fluye de la constante experiencia acumulada por la acción práctica del hombre, es una prueba evidente, el hecho de que las ideas están integradas por conceptos que tienen su origen en la imaginación; es decir, en la representación de imágenes obtenidas del medio exterior, en la constante relación hombre-mundo.

La obligada relación del hombre con su medio material, es lo que ha permitido la elaboración de un pensamiento discursivo, que emana como un instrumento necesario, a su esfuerzo para explicarse el mundo. El paso al lenguaje articulado y a la escritura, fenómenos eminentemente materiales, ha permitido el desarrollo y perfeccionamiento del pensamiento. El lenguaje es la posibilidad de comunicación, nacida de la necesidad social de nombrar las cosas, individualizándolas y haciéndolas asequibles a una valoración y comprensión universal. El paso de la prehistoria a la historia está determinado por la elaboración de un lenguaje escrito. El lenguaje es por lo tanto un instrumento humano eminentemente social. Mediante la palabra, el hombre rompe el aislamiento a que estaba conferido en la noche de su umbral primitivo. Cuando los sonidos de su garganta eran emisiones guturales que se confundían con los aullidos de las fieras y con los mil sonidos de la floresta y del bosque, no había entonces posibilidad de comunicación. Se vivía entre las cosas sin po-

derlas nombrar y singularizar con eficiencia inequívoca. El lenguaje es el logro social más representativo del hombre como criatura humana y como ser consciente.

La literatura Del ejercicio práctico de una función social típica de la palabra, uso cotidiano obligado de nuestras relaciones con las cosas y con los demás hombres, se desprende una especie de residuo pavimentado, que queda unido a la imagen de las cosas. Esto facilita el intercambio y la expresión de conceptos más complicados. Es el lenguaje, que enriquecido de experiencias, va adquiriendo una peculiaridad y consistencia, un uso obligado y constante, una capacidad de perfeccionamiento y gramatización, hasta adquirir la categoría idiomática, de ser propiedad expresiva de un determinado pueblo. Se convierte así, en generador de valores culturales, que sin él, no podrían ser formulados adecuadamente.

De esta interpretación marxista del desarrollo del pensamiento y del lenguaje fluye lógicamente otro acerto que el socialismo afirma categóricamente: la literatura es por tanto, una función social puesta que el lenguaje es su instrumento.

Existe una relación entre el literato y su medio social, que es una relación de compromiso. El hombre que escribe está situado en una perspectiva que es su punto de partida y que se apoya en el entorno histórico al que pertenece.

Hay quienes piensan que una literatura comprometida significa un coartamiento de la libertad de expresión del escritor. Así tenemos como la crítica literaria actual, función que tiende a educar el gusto literario del público lector, se presenta en dos frentes más o menos definidos. Y estos dos frentes no son productos de la casualidad, ni representan la ubicación antojadiza y aislada de cada crítico. Estos frentes obedecen más bien a la necesidad de defender una determinada concepción del mundo y de la vida, que

obligatoriamente va implícita en todo hombre que tiene y debe defender tales o cuales intereses de clase.

Algunos críticos pretenden que su oficio es puramente personal y subjetivo. Y otros por el contrario, hacen de su labor una función que obedece a reglas objetivas, cuya formulación es proyectada en perspectiva histórica.

El escritor pertenece a la colectividad Hacer de la libertad una excusa para volver la espalda al planteamiento de los problemas que el momento histórico y social impone al hombre, es extraer al arte literario la causa más profunda de su propia esencia vital. Es convertir la función del escritor en una vana retórica, muerta de toda significación moral.

El escritor, como el artista y el hombre de ciencia, son miembros integrantes de la colectividad. Participan de un entorno histórico y social que se manifiesta a todo sujeto consciente, en su doble dimensión de resistencia y posibilidad. Sólo al hombre es dado hacer uso de las cosas y conocerlas a la vez. Y en el conocimiento va implícita la posibilidad de transformarlas y adecuarlas a sus necesidades.

La literatura es así, un reflejo de las condiciones sociales y materiales del medio histórico. El literato depende también de su medio social y está constreñido por él. Las ideas de su tiempo; el límite de desarrollo de las ciencias y del conocimiento en general; las grandes ideologías imperantes y la lucha de intereses antagónicos; los grandes problemas básicos en la convivencia humana y de las naciones; todas aquellas creencias que marcan el acontecer de lo cotidiano en la vida social de los grandes sectores y, que por estar en la superficie de una época, dan paso a una concepción del mundo y a la valoración ética de un conjunto de normas, que arraigan en el espíritu del hombre medio y que conforman su existir. Todos estos factores, son determinantes que ayudan a modelar y nutrir el espíritu del artista y del escritor, cuya perspectiva en ningún momento puede ser ubicada fuera del mundo, en una dimensión que escape a la situación natural del hombre. Toda labor intelectual, artística, manual, no puede escapar a la realidad expresiva del momento vivido. No puede haber una perspectiva hegeliana, el hombre no flota, está implícito en toda perspectiva.

Literatura La característica situacional del hombre crea deberes. El compromiso del artista, del intelectual de nuestra época, es un imperativo categórico que le es impuesto por su medio, por el hecho de existir en él. Al expresar las falsas valoraciones y contradicciones de dicho medio histórico y social, está creando las condiciones para el advenimiento de la verdadera libertad.

Una literatura deja de ser libre cuando es comprometida, dicen los defensores de la libertad y del arte puro. Libertad para ellos es un concepto puramente metafísico, que atinge exclusivamente a la vida espiritual y a la conciencia. Y en el arte, se resuelve en libertad de imaginación para crear de la nada. La libertad absoluta de imaginación, como único fundamento del arte, lleva en literatura al escritor, a una vana palabrería que se resuelve en su puro estilo. La lucha entre las condiciones materiales del mundo, que ciñen al hombre y lo determinan en tanto no toma conciencia de las leyes de su movimiento, y su libertad espiritual, es un falso planteamiento. No puede haber libertad de ninguna especie, sin el dominio de la naturaleza. Y siendo ésta el conjunto de las condiciones objetivas que nos rodean y que se nos presentan como resistencia y posibilidad, es necesario que nuestra conciencia, sea conciencia de esas condiciones; y que nuestras vivencias, ideas y conceptos, estén siempre impregnados de ellas.

Debemos definir a la literatura por su instrumento necesario, el lenguaje escrito. El arte de la prosa se ejerce como acción discursiva y es por lo tanto significación. Es decir, que en el designar discursivo, las palabras dejan de ser objeto, para transformarse en designaciones de objetos. A través de la prosa que es una actitud del espíritu, hay entonces designaciones, descripciones e interpretaciones de cosas. Los hechos adquieren una dimensión que está limitada por la presencia de la subjetividad del escritor. Es la realidad vivida, observada, que se manifiesta cargada de intencionalidad; mostrarla para transformarla, o simplemente describirla, dar conciencia de que está ahí. Y aún, en esta última posición se manifiesta el compromiso del autor, que no puede transformar su conciencia, en una desvivencia de sí misma.

Hemos querido detenernos en esta definición, para demostrar la estrecha relación exis-

tente entre el escritor y su medio social, y entre el lenguaje como función social e instrumento del arte literario y el producto de este arte, denominado literatura.

El tema Vamos ahora a expresar algunas ideas sobre el tema literario. Hay algo que es evidente, toda literatura debe tener un carácter regional, nacional; no existe el universalismo literario; ésta es otra de las afirmaciones gratuitas de la crítica idealista: El universalismo en literatura. ¿En qué se fundaría pues, la universalidad de la literatura. Es que acaso el ambiente que sirve de marco al hombre europeo, es el mismo en que se desenvuelve el hombre americano? La nacionalidad, no es un mero concepto, que designe sólo características exteriores, asignando exclusivamente domicilio regional. La nacionalidad es un conjunto de formas y características peculiares, que nutren la conciencia de los individuos de una región, y condicionan por lo tanto en ellos un modo de existir y de inteligir. Las costumbres de un pueblo, su cultura autóctona, su lenguaje primitivo, en fin, su peculiaridad histórica, no es sólo aquello que está en el principio de una etapa de civilización. Es también la base sedimentaria que se adhiere a la existencia espiritual del hombre, incorporándole la singularidad de su propio medio regional. El chileno lleva su chilenidad a cuestras y no puede despojarse de ella por el hecho de vivir en París.

Contenido y forma en la literatura están unidos indisolublemente; es absurdo plantear dualmente la cuestión fundamental del problema literario, la técnica de la composición. El escritor se sitúa ante una realidad que es una realidad social, por cuanto toda la sociedad participa de ella; por tal motivo deberá tener en cuenta lo que esa realidad es para la sociedad de la que él forma parte y que se transformará en el tema de su obra. Lo personal es así la ejecución del autor y la forma interpretativa, que está unida indefectiblemente al tema.

La actual deformación del problema literario El ansia de originalidad en la literatura moderna de los países occidentales, está alimentada por las condiciones mismas que el sistema capitalista impone a la creación literaria. Los valores culturales han sido transformados en valores mercantiles, y las obras de arte en-

tran a competir en el mundo de las relaciones económicas, valoradas con criterio eminentemente comercial. Se venden y se compran los libros, como quien vende o compra corbatas u otros menesteres de uso corriente. Ante la presión de las fuerzas económicas, que conforman una conciencia social desprovista de un criterio cultural responsable y conocedor del exacto valor espiritual de cada obra artística, el escritor se ve arrastrado a una competencia ficticia, que le hace dar una desmesurada importancia a la originalidad y sensacionalismo de su obra, como un medio de imponerse en el mercado. Y para darse una tranquilidad a su conciencia, levanta la bandera de la absoluta libertad artística, negando el condicionamiento del medio histórico y social. Este movimiento "libertario" pasa luego por una protesta encendida, en contra de lo que llaman la producción artística militante, que coarta el libre desenvolvimiento del espíritu y minimiza la grandeza de la obra de arte. Y claman ya, no sólo por la plena independencia de toda bandera política, sino también de toda filosofía erigida en sistema; el escritor, no puede ser existencialista; si lo es, está limitado por el punto de vista de esta filosofía y por lo tanto comprometido gravemente en una concepción que coarta la libertad de imaginación. Menos aún, como podemos comprender, podrá ser marxista; ésto, es ya el colmo de la sujeción a un sistema que deviene ideología política, y que mengua toda posibilidad de libertad.

Ante esta deformación del planteamiento del problema literario de nuestro tiempo, el socialismo afirma la plena vigencia del realismo en la literatura, el único camino vigente para su pleno desarrollo y florecimiento. Porque la literatura tal como hemos dicho al principio de este trabajo, extrae su fuerza y su savia renovadora, del seno más íntimo de la sociedad que representa; de sus problemas estructurales, de sus relaciones sociales, de sus costumbres, sentimientos y pasiones encarnados en la realidad de su existencia social; de las expresiones populares de su cultura ancestral y primitiva.

La burguesía condena la novela realista La burguesía, interesada siempre en que no se le descubra en su verdadera significación social, en su comportamiento de clase, alza ante la novela realista, la validez absoluta de la obra litera-

ria de introspección o psicológica. Quiere que el novelista incurra en los ámbitos cerrados de la conciencia individual y extraiga a flor de piel, sus pasiones, sus odios, sus amores, sus envidias; que investigue la intimidad del ser y que extraiga valoraciones psicológicas y metafísicas que expliquen la realidad exterior por la estructura interna e inmodificable de lo que para ellos es puramente individual. No desean por ningún motivo que se les ponga en evidencia, ante la responsabilidad de lo que ejecutan como clase social, por motivos netamente exteriores.

Ante ésto, el realismo socialista plantea la validez de su posición de esta manera: no es posible justificar la existencia de una novela psicológica o introspectiva, por cuanto en ella se plantea un falso problema de conciencia. No puede plantearse el odio, o el amor, la envidia, el egoísmo, etc., como fenómenos que afecten exclusivamente al individuo aislado de su medio exterior. Las pasiones individuales se crean en el medio social y se proyectan hacia él, y por lo tanto su planteamiento es exterior. La conciencia del individuo es una conciencia social, es el resultado de unas relaciones sociales llevadas a cabo en un medio histórico determinado, por lo tanto sus contradicciones internas, son productos de las contradicciones de su propio medio social. Por eso dice muy bien Henri Lefebvre en su obra "El Existencialismo": "El dolor, la angustia, la tristeza, son realidades indiscutibles, "momentos" de la vida; a diferencia de un pensamiento (de una idea), esos "momentos" tienen un carácter inmediato; se insertan en nuestras relaciones inmediatas y directas con el mundo..."

Nuestra literatura social La literatura social chilena, cultivada profusamente a partir de 1920 por destacados valores de vanguardia, ha demostrado ampliamente la validez de esta posición socialista ante la literatura. Y no puede decirse que haya habido una subordinación de la creación literaria a las directivas políticas de un partido determinado. Ella ha surgido anchurosamente espontánea, explotando los veneros más sobresalientes y significativos de nuestra realidad social. Los elementos más representativos y profundos del desarrollo histórico-social de Chile, adquieren en la obra de esos autores una nueva dimensión; es así como las clases más humildes de la sociedad

chilena hacen su entrada en la literatura nacional, con toda la significación de su validez histórica. Antes, los escritores de la segunda cincuentena del siglo XIX, hacían jugar un insignificante papel a estos sectores populares, en el desenvolvimiento de sus obras, sirviendo generalmente de marco pintoresco a un ambiente social en que jugaban un principal rol, los más caracterizados exponentes de la aristocracia y de la burguesía.

Con Nicomedes Guzmán, Carlos Sepúlveda Leyton, Oscar Castro, José Santos González Vera, Manuel Rojas, Gonzalo Drago, Alberto Romero, etc., la literatura social chilena ha abierto el camino ancho y radiante por donde el movimiento literario chileno afianzará la fuerza y la vigencia de sus propios valores.

Ya en 1842, hace 120 años, José Victorino Lastarria había indicado un camino a la joven literatura chilena. Al inaugurar la "Sociedad Literaria", en su discurso del 3 de mayo de ese año, expresó entre otras palabras las siguientes, con las que hemos querido terminar este trabajo: "Fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. La nacionalidad de una literatura consiste en que tenga vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor, mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas... No hay sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos, una necesidad más imperiosa de ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tiene de común con las que constituyen la originalidad del viejo mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavios, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza que contiene. Qué de recursos ofrecen a vuestra dedicación, las necesidades sociales y morales de nuestros pueblos, sus preocupaciones, sus costumbres, sus sentimientos... Nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional..."